

## INTRODUCCIÓN

Conmemoraremos el 21 de marzo de 2006 el bicentenario del natalicio de Benito Pablo Juárez García, un mexicano admirable que ha merecido el reconocimiento de la comunidad internacional por su contribución a la justicia, al derecho y a la autodeterminación de los pueblos.

Hoy, como en el siglo XIX, las grandes potencias se arrogan la facultad de intervenir militarmente en los países débiles para saquear sus recursos naturales, so pretexto de hacer respetar el orden, la tranquilidad y el derecho, en beneficio de la población; hoy, como ayer, imponen, en los países invadidos, gobiernos peles que les permiten alcanzar sus perversos objetivos, razón por la cual en el ámbito internacional se mantiene inmarcesible el ideario juarista en aras de la soberanía y autodeterminación de los pueblos.

El nuestro es un país con una rica y larga historia de cuyo estudio se infiere que su pueblo supo sobreponerse al proceso brutal de conquista que le dio origen, hasta amalgamar las razas primigenias ibéricas y aborígenes, en un cada vez más amplio mestizaje, que durante siglos ha demostrado su capacidad de autopetruarse en una vasta región del suelo americano. Este pueblo nuestro ha sabido integrar una sociedad cuyo conjunto organizado de miembros ha sido capaz de satisfacer, durante muchas generaciones, por sus propios medios y recursos, los requisitos esenciales para su prolongada persistencia.

La sociedad mexicana devino nación, porque logró apropiarse de un idioma cada día más común; forjar un estilo de vida, una tradición, una idiosincrasia y unas costumbres; hacerse de un rico acervo cultural; en fin, labrar una historia común, advertir su diferencia respecto de las demás sociedades y desear estar bajo un mismo gobierno, propio y soberano.

Así fue como pudo constituirse el Estado mexicano, a través de un largo proceso dialéctico iniciado con el choque violento de dos grupos raciales del que un mestizaje, síntesis que fundamenta a este pueblo mexicano que supo integrar una sociedad; esta sociedad que quiso convertirse en una nación, que a su vez, en una síntesis, supo, quiso y pudo erigirse políticamente en el Estado mexicano: libre, independiente, soberano.

Este conjunto de hombres y mujeres ha desarrollado un sentido de nación que estructura al Estado e idealiza a la patria, surgido a fuerza de compartir ideas y propósitos, de practicar las mismas costumbres y de vivir bajo las mismas leyes e instituciones, ideal de patria que se traduce en nuestro firme propósito de permanecer unidos en la integridad de esta tierra, para nosotros tan querida, en el culto de un pasado que amamos, tanto por las glorias que guarda, como por los sufrimientos e infortunios padecidos en común por nuestros antepasados, y muy especialmente unidos por la determinación común de legar a nuestra descendencia un México libre y soberano, donde pueda vivir en paz, con justicia y dignidad.

Pero el proceso que condujo a dos grupos raciales tan distintos a integrar un pueblo y a ese pueblo a integrar una sociedad y a esa sociedad a estructurar una nación y a esa nación a constituir un Estado libre y soberano, a idealizar una patria, no ha sido breve ni fácil; por el contrario, ha requerido del esfuerzo tenaz y del abnegado sacrificio de millones de habitantes de estos lares, concatenado al través de siglos, durante los cuales se forma y conforma una idiosincrasia, se forma, reforma y transforma un sistema social, se intuye e instituye una nación; se constituye y estatuye un Estado; se crea, recrea e idealiza una patria inmortal, en un quehacer —a la manera de Penélope— de hacer y deshacer en el que el impulso progresista y renovador que entrañan la reforma y la revolución, se frena con la inercia del *statu quo* y se contrarresta al golpe de la reacción y la involución en un esfuerzo de proteger y acrecentar los grandes intereses creados.

Estudiar la obra de Juárez es entrar a la encrucijada de la historia de México en la que se determina para siempre nuestra nacionalidad y se consolida de una vez por todas nuestra independencia y soberanía; es, en suma, estudiar el tránsito de la más brillante generación del México decimonónico, al través de una de las épocas más aciagas de nuestra historia.

En efecto, a la mitad del siglo XIX, en aquel México vacilante, donde la libertad había sido brutalmente suprimida por un dictador depravado y absoluto, apoyado por una oligarquía teocrática y pretoriana, desvergonzadamente apátrida, corrupta y egoísta, surge, como un grito angustiado y libertador, el Plan de Ayutla para resumir los anhelos de justicia y libertad de un pueblo deseoso de la plena emancipación de su patria, anhelante de la consolidación de su nacionalidad, que lucha por la reivindicación de su soberanía. Y allí, en Guerrero, cuna de la Revolución de Ayutla, “donde se peleaba por la libertad”, con el escudo de su patriotismo y la humildad y modestia

que le caracterizaban, se presenta el immaculado exgobernador de Oaxaca, "para ver en qué puede ser útil".

Conocedor profundo de los males que aquejan al México de su tiempo, el patricio oaxaqueño, al triunfo del movimiento de Ayutla y desde el gabinete presidencial de don Juan Álvarez, recrea con la ley que lleva su nombre, el huracán arrasador de la reforma iniciada dos décadas atrás por Gómez Farias, para transmutar aquella sociedad hundida en los anacrónicos moldes medievales, de conciencias aherrojadas a los púlpitos, de autoridades civiles sojuzgadas por las mitras, de soberanía paradójicamente sometida a la silla apostólica y regulada por las bulas pontificias, de vidas y haciendas subyugadas por el sable, y sables adjudicados al mejor postor. Y esa reforma que inició Gómez Farias y continuó Juárez como ministro de Estado, la ha de consumir como presidente, pese a la tenaz y violenta oposición de las poderosas fuerzas reaccionarias que obstinadamente defendieron —hasta llegar a la traición a la patria— la supervivencia de sus irritantes privilegios.

Y cuando la reacción, en actitud que le mancha con el baldón indeleble de la infamia y la ignominia de la traición a la patria, recurre a los monarcas europeos demandando la extranjera intervención para instaurar en México un imperio regido por un príncipe extranjero que salvaguarde sus mezquinos intereses, Juárez se agiganta y con fe inquebrantable e indómita voluntad, dirige a su pueblo en la preservación de la nación, en la defensa de su patria, en la protección de su nacionalidad, en la salvaguarda de su soberanía, demostrando la verdad de su apotegma: "Un pueblo no sucumbe al capricho del poderoso, si defiende la causa de la justicia, de la civilización y de la humanidad." Tesis que los pueblos acosados por las grandes potencias, esgrimen reiteradamente, en todas las latitudes del planeta, lo mismo en Hungría y en Afganistán, que en Vietnam, en Granada y en Nicaragua.

Admira la perseverancia de Juárez frente a la adversidad, jamás la desesperanza se adueñó de su espíritu; aquella tenacidad de suplir las armas que le faltaban con la razón y el derecho que le sobraban, le permitió alcanzar el triunfo final y epilogar en el Cerro de las Campanas aquella osada aventura del filibusterismo internacional, con un pleno y universal reconocimiento al derecho de autodeterminación de los pueblos. Así, por firme decisión del pueblo mexicano, nuestra sociedad sobrevivió, nuestra nación se consolidó, la patria se salvó, la república se restauró.

El 18 de julio de 1872 el país se enlutó: la república había perdido su presidente, la libertad su adalid, la reforma su realizador, la de-

mocracia su guía, el derecho su baluarte, ¡la patria su más ardiente defensor! Ahora, después de más de un siglo, en los aniversarios de su natalicio y de su deceso, la nación se sigue congregando reverente a rendir homenaje y pleitesía a quien dedicó su vida a consolidarla, dignificarla y asegurarle para siempre una existencia honrosa, al amparo de los inmarcesibles principios de la libertad, la democracia, el derecho, la justicia y la razón.

Mucho se ha escrito acerca del prócer de Guelatao —por cierto no todo en su honor, pues la diatriba y la calumnia de la reacción se han cebado en él con reconcentrado encono—, por ello pudiera considerarse superfluo este ensayo biográfico de Juárez y sus coetáneos de no ser por lo conveniente que resulta, en ejercicio de ese culto a los héroes a que estamos obligados quienes hemos nutrido nuestra ideología en la idiosincrasia de nuestro pueblo, en las tradiciones de nuestra sociedad, en las raíces de nuestra nacionalidad, profundizar personalmente en el estudio de las acciones de quienes nos dieron patria y, como en el caso de Benito Juárez García, forjaron el Estado mexicano y legaron al México de nuestros días, principios y normas de vigencia perenne; y al mundo, postulados para la convivencia universal, cuya actualidad desafía el paso ineluctable de los siglos. Tratando de recrear en alguna medida el entorno y contorno de la actuación del prócer oaxaqueño —lo que permitirá entenderla mejor—, colateralmente se presentan resúmenes biográficos de algunos de sus coetáneos con los que tuvo relación directa o indirecta.

En el ocaso del siglo xx la crisis se ha adueñado del mundo, crisis económica, crisis política, crisis social, crisis moral, a las que México no puede sustraerse. Hoy como ayer, los países poderosos tratan de regir los destinos del mundo, sin importarles el sentir de los pueblos débiles y de escasos recursos, a los que tratan de sojuzgar y explotar en una y mil formas. Los graves problemas que afronta nuestro país, las nuevas generaciones de reaccionarios admiradores de potencias extranjeras, los vendepatrias de ayer redivivos en los sacadólares de hoy, los nuevos agiotistas internacionales —Jeckers de nuevo cuño—, los corruptos de siempre, los seudorevolucionarios y demagogos —falsos redentores que integran una nueva calamidad—, así como el imperialismo de uno y otro signo, dan lugar a que los apolo-gistas del desastre proclamen el inminente colapso nacional. En estas difíciles circunstancias y ante tan ominosos pronunciamientos no habremos de perder la fe y con el ejemplo inextinguible de Juárez, con decisión, tenacidad y patriotismo sabremos superar los graves problemas del México y del mundo que nos tocó vivir.